

La Función del Crítico

ARNOLDO MORA

En los últimos meses se ha suscitado en las páginas de la prensa nacional una polémica en torno al papel que debe desempeñar el crítico del arte, el valor mismo de la crítica sobre las obras o espectáculos artísticos y la competencia de los críticos para juzgar las obras de arte. Dicha polémica se ha originado en la protesta de artistas provenientes de la plástica, que consideran no ser comprendidos o erróneamente calificados por jóvenes críticos de artes plásticas, que suelen vertir sus opiniones en columnas de la prensa nacional. Me ha llamado la atención que hayan sido pintores los que hayan reaccionado con tanta vehemencia por la crítica que sus obras reciben en los medios de comunicación, siendo así que todos los días y desde hace muchos años se hace lo mismo con todas las otras manifestaciones de la creación estética. Todos los días en las secciones de asuntos culturales, se reseñan críticamente publicaciones de poesía y narrativa; hay desde hace tiempo críticos especializados en teatro, que juzgan tanto la obra como su puesta en escena, la calidad de los intérpretes, el acierto o no del director; conciertos y discos, emisiones radiales o de televisión son día a día objeto de reseñas críticas en la prensa nacional. Y nunca he visto que los aludidos se hayan alguna vez considerado injustamente tratados o mal comprendidos. La reacción de los pintores quizás se deba a que la crítica en materia plástica es reciente en nuestro medio y a que el pintor debe vivir de la venta directa de sus obras que, por su costo, solo pueden ser adquiridas por sectores de población de nivel económico alto o por instituciones públicas, cuya decisión puede ser afectada por las críticas apareci-

das en los medios de comunicación. De todas maneras, la polémica, al menos en el caso del escultor José Sancho, no se ha limitado a la protesta sino que ha tratado de profundizar teóricamente sobre otros aspectos de la crítica, que ya era hora que en nuestro medio se ventilaran públicamente. En buena hora, pues, que se diera esta polémica ya que la magnitud del quehacer artístico en nuestro medio no sólo es reciente sino que ocupa un lugar importante en nuestra vida nacional, hasta el punto de que existe un Ministerio de Cultura con múltiples instituciones a su cargo y la actividad diaria de los artistas se refleja en el hecho de que la prensa debe consagrar páginas y secciones enteras a dicha actividad. En estas condiciones la función del crítico se vuelve indispensable, deja de ser una tarea de diletantes que se dedican a comentar obras vistas u oídas en sus tiempos libres y se convierte en una tarea indispensable para el adecuado desenvolvimiento del quehacer artístico en nuestro medio. Va siendo hora, que nos preguntemos en qué consiste la crítica y cuál es el papel que específicamente debe cumplir el crítico.

En nuestro medio los llamados críticos o comentaristas de obras de arte cumplen una serie de funciones que no son estrictamente hablando labor de críticos, sino labor periodística o simplemente informativa. Debido al crecimiento demográfico de nuestro país y particularmente, de la ciudad de San José, que apenas alrededor de 1960 llegó a los 100 mil habitantes, debido también a otras circunstancias como el ingreso de nuestro país al Mercado Común Centroamericano

(1962) y al crecimiento de la educación formal en la Segunda Enseñanza y, sobre todo, en la Educación Superior, no es sino en la década de los sesentas que las actividades artísticas cobran una importancia considerable para nuestras condiciones. La creación del Ministerio de Cultura viene a consolidar e institucionalizar en gran medida dicho crecimiento. Estamos en consecuencia, ante un fenómeno social relativamente reciente, por lo que es difícil hablar en nuestro medio de "críticos" en el sentido profesional de la palabra. Por eso, en los artículos de prensa que se consideran "crítica de arte", debemos distinguir tres funciones o tareas que las necesidades del medio social costarricense le ha impuesto al "crítico". Estas funciones son:

- 1.— La de reportero que consiste en informar al público la aparición de un libro, la fecha de un recital o concierto, su programa o contenido, su autor o intérprete y el lugar dónde se va a desarrollar el evento, la hora y otras circunstancias exteriores. Este nivel no tiene nada de crítico, sino que es únicamente periodístico, es decir, la información propia de un reportero. Función, sin embargo, necesaria en nuestro medio debido a que el público interesado es reducido y no posee otros canales de información que no sean las páginas culturales de un periódico o algún aviso a través de una radioemisora cultural.
- 2.— La de informador cultural, consistente en dar datos sobre la biografía del autor y alguna otra información erudita, tal como las influencias estéticas o filosóficas que tuvo, sus creencias religiosas y opciones ideológico-políticas, mayor o menor conocimiento que de él se tiene en nuestro medio, etc. Normalmente se le suministra tales informaciones

ciones de carácter exterior a la obra y que conciernen más bien al autor y su vida personal, se considera en nuestro medio tarea del crítico. Sin embargo, tal función pertenece propiamente a la labor de un periodista especializado en actividades culturales, pues a partir de los datos suministrados en este nivel no se puede formar criterio del valor intrínseco de una obra o de su puesta en escena actual. Se trata más bien de una labor informativa tendiente a facilitar al público elementos que le permitan comprender mejor la obra, información que le es suministrada en forma objetiva, a manera de datos o hechos históricos y con una intención más bien propagandística. Es frecuente que estos datos sean suministrados en hojas volantes a la entrada de la función y pretenden suministrar información de la obra y de las circunstancias externas en que dicha obra fue creada. Con ánimo propagandístico se suele agregar a los datos biográficos e históricos la opinión de personas eruditas sobre el valor intrínseco de la obra, o sobre la importancia que su autor ha tenido en la historia del arte o de los movimientos estéticos de su época. Tal labor, que resulta muy importante por los datos informativos que suministra, es tarea de la información periodística pero no del crítico propiamente tal, ya que la labor del crítico versa sobre los valores intrínsecos de la obra y supone los conocimientos que a este nivel se dan para su correcta comprensión. En nuestro medio, insisto, dado lo reducido de nuestro público, esta labor es indispensable y encomiable, pues viene a llenar importantes lagunas de la cultura general, que normalmente deben adquirirse en la segunda enseñanza o en programas culturales a



través de los medios de comunicación colectiva.

- 3.— La crítica propiamente tal comienza cuando quien escribe se aboca al análisis de los valores intrínsecos de la obra. Se trata en consecuencia, de emitir un juicio axiológico, de formar el criterio de los demás a base de un criterio propio en donde los factores subjetivos, la sensibilidad personal, la capacidad de apreciar el arte juegan un papel determinante. Labor particularmente delicada, pues el arte posee una dimensión que escapa a lo racional, al ámbito de la ciencia objetiva y en gran medida depende de lo que los antiguos llamaban, no sin ambigüedad, "gusto" o "buen gusto".

Sin embargo, decir que lo estético escapa a lo racional, no equivale a decir que se sitúa en el ámbito de lo irracional puro, del capricho o de la arbitrariedad. Como toda acción humana también el arte posee la racionalidad propia del homo sapiens, por lo que

si bien no podemos hacer una ciencia propiamente tal de la creación estética, sí podemos al menos emitir una serie de criterios que nos orienten sobre el grado de validez de un juicio crítico. Todo depende, sin embargo, del nivel de profundidad que alcance dicho juicio. Podemos reducir estos niveles a tres, comenzando de lo más inmediato y exterior hasta lo más profundo y englobante.

Un primer nivel de la crítica toca tan sólo el evento artístico, es decir, el hecho tal como se dio y las circunstancias que lo rodearon. La crítica versa en este caso sobre la puesta en escena, sobre lo acertado o no de la versión que de la obra da el director, sobre la mayor o menor propiedad con que los actores interpretan su papel, sobre la acústica del lugar y las condiciones de espacio del mismo, sobre la oportunidad de representar la obra, etc. A este nivel lo que se requiere del crítico son, sobre todo, conocimientos "técnicos", propios del oficio.

Un segundo nivel de comprensión de una obra penetra su estructura

intrínseca y los rasgos que caracterizan el género (comedia, tragedia, sainete, happening, etc.). Este nivel es propiamente estético, pues bien sabemos el viejo principio según el cual "el arte es la forma". El arte diríamos hoy es una forma específica de lenguaje, que lo distingue de la ciencia, la política, la religión, la moral, si bien suele estar muy ligado a estas otras dimensiones del ser y quehacer humanos, hasta el punto de que no ha sido infrecuente en la historia, pasada y reciente, el hecho de sucumbir a la tentación (sobre todo, de quienes detentan el poder) de poner el arte a su servicio personal o de sus ideas o creencias. Aún cuando ha habido ilustres ejemplos de la subordinación del arte al servicio de una causa (Calderón de la Barca al servicio del dogma católico, Molière al servicio de la ética jansenista, Bertold Brecht al servicio de la causa socialista, etc.) el abuso ha llevado a subordinar la libertad creadora en aras de criterios extraños al arte. La creación estética posee su ámbito propio, sus valores exclusivos que le permiten una libertad casi absoluta en el tratamiento de los temas. El arte debe ser juzgado por sí mismo y no con patrones científicos, ideológicos o religiosos. Por ejemplo, no se puede exigir al teatro o a la literatura históricos que se conviertan en manuales de historia, porque las formas estéticas pueden exigir que los personajes no se ajusten a lo que la historia como ciencia dice que fueron. Los ejemplos al respecto abundan: las tragedias de Shakespeare en nada o en muy poco se parecen a las crónicas históricas de los antiguos reyes ingleses de donde fueron extraídos algunos argumentos, la María Estuardo de Schiller en muy poco se parece a la Reina de que nos habla la historia. Reprocharle a estos genios infidelidad histórica además de ridículo y estúpido, lo único que demostraría es un total desconocimiento de lo que es el arte. Sin embargo, en las críticas aparecidas en nuestro medio a una película como "Amadeus" se incurría en el mismo

error al empeñarse en ver la obra como una simple biografía del músico, sin tomarse la molestia de indagar qué quiso hacer el autor.

El arte más profundo, sin embargo, trasciende de cierta manera los valores estéticos mismos, si por tales entendemos la búsqueda de lo bello o la experiencia estética como impresión emotiva. Sin dejar de ser eso, el arte en sus expresiones más elevadas, se convierte en un testimonio de la condición humana, en una indagación apasionada de temas metafísicos, como el bien y el mal, la angustia existencial, la felicidad y su posibilidad, la libertad política o moral, el sentido mismo de la vida frente a la muerte y al mal bajo todas sus formas, la existencia o no de Dios, etc. La suprema expresión del arte es la tragedia: allí donde el hombre toca con su sensibilidad los límites de la finitud, se revela frente a ella sin poderla nunca superar en la soledad de su destino, en la contingencia absoluta del haber-nacido-y-el-tener-que-morir. Se combinan entonces las pasiones más animales y los instintos más primitivos con las reflexiones más altas de la metafísica o los arrebatos del vuelo místico, los reclamos más descarnados de las exigencias éticas, las alegrías más intensas y el dolor más desgarrador, el grito y la retórica, la palabra y el silencio, el amor y el odio, el Ser y la nada... En estas alturas de vértigo, ¿qué función juega la crítica? ¿Qué es ser crítico? Nunca como entonces es delicada su labor.

En un célebre ensayo Pío Baroja define al auténtico crítico como aquel que con su palabra "prolonga el acto creador". Crítico es aquel que explicita lo implícito, poniendo de relieve las dimensiones recónditas de una intuición que, a través del lenguaje simbólico, alude a los hondos meandros de la existencia. Crítico es aquel que comprende no una idea aislada sino una intuición fundamental, penetrando en la experiencia existencial misma

del creador. Decía Bergson que comprender un autor es sentarse en su sillón y desde allí contemplar el panorama que él, y solo él, vio. Crítico es quien descubre el velo de las palabras y llega a la vibración existencial que ha surgido en la mente y el corazón del creador esa dimensión de lo real que subyace a nuestra condición de hombres y nos hace a todos ser y sentir iguales, más allá de las distancias de tiempo y del espacio, de los gustos, credos estéticos, de las barreras culturales e ideológicas y nos hace, como dice Sartre al final de *El Diabolo y Dios* ser simplemente "hombre entre hombres". Sólo cuando el crítico comprende esto puede evitar el escollo del dogmatismo que consiste en juzgar desde fuera una obra imponiendo propios criterios de bello o feo, verdad y error, de bien y mal. Sólo de esta manera el crítico es maestro guía y no un frío inquisidor poseedor del bien y de la verdad y que, como Júpiter tonante, distribuye sus gracias con lejana displicencia. Para eso, el crítico debe ser algo más que erudito o un científico: debe poseer pasión de lo bello y el arte de expresarlo. ¡Entonces la crítica será un acto del creador como la creación misma!